

EL SONIDO DE LA TROMPETA

*«Por tanto, cuando hagas limosna,
no mandes tocar la trompeta [...]
para ser honrados por la gente»
Mt 1,2*

Apreciados hermanos y hermanas en el Carmelo Descalzo

Aunque nos parezca increíble, hemos llegado al inicio del tiempo de Cuaresma en este año 2026. No quisiera perder la oportunidad de llegar a cada uno y cada una de ustedes con un mensaje que nos impulse a vivir el itinerario del corazón arrepentido y dispuesto a vivir la conversión. Esta no puede ser una Cuaresma más, sino que debe ser un tiempo divino para vivir el encuentro personal con Dios y evaluarnos a la luz de su amor. De hecho, el papa León XIV expresa que la Cuaresma es un camino de conversión el cual comienza cuando nos dejamos alcanzar por la Palabra y somos dóciles al Espíritu¹. En este sentido, propongo el Evangelio san Mateo (6,1-6.16-18) como el itinerario que podemos hacer para llegar a la conversión.

En principio, el evangelista habla a los discípulos, es decir, a los hombres y a las mujeres de nuestros días, a quienes debemos atender la palabra de Jesús y encarnarla en nuestra vida. Mateo emplea el verbo griego «vigilar» o «cuidar» (Προσέχετε) en imperativo. No es la primera vez que aparece, también recurre cuando Jesús pide a los oyentes cuidarse de los falsos profetas (Mt 7,15) o de los perseguidores (Mt 10,17). En la tradición del Evangelio, la invitación a cuidarse aparece en textos que hablan de una experiencia religiosa que opaca la autenticidad de la relación con Dios. De alguna manera, la acción de «vigilar» está dada para nosotros hoy, religiosos y religiosas carmelitas que vivimos una relación cercana con el Señor. El punto de partida del Evangelio pretende ser una voz de alerta que evalúa la manera como estamos viviendo el seguimiento y la consagración. Más aun, es una invitación a examinar la práctica de la justicia divina que en tantas ocasiones se oculta en la estima humana. Este término «justicia» (δικαιοσύνην), en hebreo נְתִיבָה, constituye el elemento esencial de nuestro itinerario hacia la conversión del corazón. La justicia es el resultado del comportamiento humano en sintonía con el proyecto divino (Mt 5,6.10.20) o, en otros términos, la justicia es la realización del amor gratuito y desinteresado que nos conduce a hacer el bien (la limosna, el ayuno, la oración).

En este sentido, el bien no lo hacemos solo hacia los «pobres», aquellos que siempre vemos de nuestros muros hacia fuera, sino que el bien lo debemos hacer con nuestros «pobres», aquellos y aquellas que viven a nuestro lado y necesitan hoy de la conversión de nuestro corazón. Cuidarnos implica cuidar de los (as) otros (as); ser justos requiere de la pulcritud del corazón y de la bondad de la mente para hacer del (a) hermano (a) una recompensa del Padre celestial. De lo contrario, caeríamos en la afirmación del Evangelio: «delante de los

¹ Papa LEÓN XIV, *Escuchar y ayunar. La Cuaresma como tiempo de conversión*, 13.02.2026.

hombres para ser vistos por ellos» (v. 1). Esta frase remarca un ambiente social tradicionalmente religioso, como el ambiente en el que vive la comunidad de Mateo. Sin embargo, la frase también nos sirve a nosotros (as) para evitar caer en un «hacer» por vanidad donde el objetivo sea buscar credibilidad, estima y honor hacia los (as) demás.

En el texto de san Mateo, el verbo «llamar la atención, ser observado, admirado» (θεαθῆναι) describe al grupo de los escribas y los fariseos que cumplen su tarea para ser admirados (Mt 23,5), pero no porque el deseo de servir nazca en su interior. Al respecto, Jesús indica que aquellos que cumplen la obra espiritual con el afán de mostrarse no recibirán la recompensa del Padre. Cabe notar que el término «recompensa» (μισθόν) no representa un valor retributivo, sino que expresa la comunión del discípulo con el Padre. Por tanto, san Mateo propone el término para superar el sentido de ser recompensado por el servicio que se entrega de forma gratuita. Tal postura le permite al evangelista proponer el camino que el discípulo debe seguir en este conocimiento de la experiencia divina.

Limosna silenciosa

El argumento de la «limosna» no es propio del Evangelio de Mateo, sino que recuerda toda la tradición bíblica (Dt 15, 11; Tb 12, 9; Pr 19,17; Sir 3,29; 29,8-13; 35,4; Hch 9,36; 10,2.4.31; 24,17). La palabra «limosna» (ἐλεημοσύνην) aparece sólo en esta parte del evangelio (vv. 3.5) y pertenece al campo semántico de la misericordia, de hecho, no significa únicamente «limosna», sino también «compasión», mostrando que la primera es resultado de la segunda, mejor aún, que la primera no tiene sentido sin la segunda. De esta manera, el sonido de la trompeta aparece con la intención de advertir sobre aquellos (as) que hacen de la limosna una estrategia para llamar la atención o para hacerse publicidad. La ayuda o la compasión no necesita comunicación, sino que requiere interiorización.

Aquí resuena para nosotros, hijos e hijas de Juan de la Cruz, un par de citas. La primera está en *Monte de la Perfección* donde el Santo dice: «Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada. Para venir a saberlo todo, no quiera saber algo en nada. Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada. Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada»². La segunda, aparece en *Subida del Monte Carmelo*: «El alma que quiere llegar a la unión con Dios ha de procurar estar sola y ajena de todas las cosas, en quietud y silencio interior»³. ES así como la primera estación de nuestro itinerario cuaresmal implica quitarnos las máscaras, disponer el alma y entender que la «limosna» no es dar aquello que nos sobra, sino tener compasión los (as) unos (as) con los (as) otros (as) como auténticos discípulos de Jesús. Dar «limosna» no es hacer sentir despreciable a los (as) demás, más bien, es entregar todo cuanto existe en nosotros para que los (as) otros (as) estén lo mejor posible. En efecto, san Mateo describe la reacción de los demás con el término «honrar» (δοξασθῶσιν) para hablar de la glorificación divina que se hace vida en nuestra humanidad (Mt 5,16; 8,15). Por tal razón, el fundamento de la limosna silenciosa es suscitar en el creyente la apertura interior y la entrega de sí mismos buscando no la propia recompensa, sino un gesto de benevolencia con aquellos que lo necesitan. Es decir, con nosotros (as) mismos (as).

² *Monte de la Perfección*, I.

³ IS 13,11.

Oración silenciosa

El segundo paso de este itinerario tiene que ver con el carácter de la oración. Se trata de una práctica religiosa que tiene una importancia primordial tanto para el cristiano como para los que somos parte de esta familia del Carmelo Descalzo. El texto del Evangelio, en efecto, ubica como centro del camino de la conversión el tema de la oración. Mateo sabe que se trata de uno de los fundamentos espirituales de la tradición bíblica. En el Evangelio, además, Jesús se retira en repetidas ocasiones para orar a solas (Mt 14,23; Mc 1,35; 6,46; Lc 3,21; 5,16; 6,12; 9,18.28-29). El término «orar» (προσεύχησθε) califica a los discípulos preparados para saber afrontar el momento de dificultad, incluso, la oración de Jesús aparece como una preparación interior antes de asumir la experiencia de la cruz (Mt 26,36-46).

El camino cuaresmal es un recorrido orante hacia el Padre. No se trata de ganar alardes, ni de vociferar la propia intimidad con la gracia, sino de ir “más adentro en la espesura”, como lo afirma el Santo Padre o con las palabras de la Santa Madre:

Y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque, cuando no fuere adelante y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a estos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase; que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amáis (porque, para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones: la del Señor ya se sabe que no puede tener falta, la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata), no podéis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos⁴.

La oración es un espacio de reconocimiento personal y de aceptación de las propias realidades. La oración es la oportunidad de entrar en la conversión del corazón aceptando que todos (as) necesitamos asumir cambios y renunciar a realidades que nos alejan del amor de Dios.

Ayuno silencioso

Por último, el camino de la cuaresma nos pide el ejercicio del ayuno discreto o silencioso. Se trata de la tercera obra religiosa puesta como condición de Jesús para el seguimiento. Según la Escritura, la tradición del ayuno en el pueblo hebreo recordaba la calamidad nacional en ausencia de la lluvia. Es decir, el ayuno no era una mortificación del cuerpo, sino un acto de ofrenda a Dios elevado como signo de conversión (Jl 2,13). De hecho, el ayuno era asociado con la oración (1S 7,5-6; Cro 20,3; Ne 1,4; Tb 12,8). Por tanto, la crítica de Jesús a las prácticas incorrectas constituye una denuncia profética sobre la manera como llegamos a la fe olvidándonos de vivir con coherencia la justicia (Is 58; Jr 14,12). El ayuno no es la privación de los alimentos, al menos esto no lo es todo. El ayuno es una manera de vivir el proceso de cambio, asumiendo que estamos ante una forma de orar y de entrar en comunión con Dios y con los demás.

⁴ V. 8,5.

También así lo entiende la Santa Madre: «Es esta priora grandísima sierva de Dios, que aun su oración sola pienso sería oída de Su Majestad, ¡cuánto más las de almas tan buenas como allí estaban! Todas lo tomaron muy a su cargo, y con ayunos, disciplinas y oración lo pedían continuo a Su Majestad, y así fue servido de hacernos esta merced»⁵.

Hoy, hermanos y hermanas, necesitamos ayunar de nuestros caprichos y de nuestra autonomía y distancia de Dios. En el Evangelio, Jesús denuncia a aquellos que se aferran a prácticas vacías de su amor. Es más, con el adjetivo «triste» (σκυθρωποί), Jesús denuncia a aquellos que viven de la apariencia ignorando la motivación esencial de entrar en el proyecto salvífico del Padre. No estamos llamados a privarnos de los alimentos, sino de aquello que nos oculta el rostro misericordioso de Dios y nos conduce a llenarnos de orgullo por lo que nosotros (as) somos.

En conclusión, queridos hermanos y hermanas del Carmelo, el itinerario cuaresmal de la limosna silenciosa, la oración silenciosa y el ayuno silencioso no es una simple pedagogía ascética, sino un camino profundamente carmelitano de retorno al corazón, allí donde Dios habita y espera. El silencio que acompaña estas prácticas no es vacío ni ausencia, sino espacio teologal, un lugar de desposesión del yo, de purificación del deseo y de disponibilidad radical para el Amado. La «limosna» nos libera de la necesidad de ser vistos y nos configura con Cristo pobre, enseñándonos a amar sin apropiarnos del fruto. La «oración», núcleo de nuestra vocación, nos introduce en la amistad desnuda con Dios, donde la palabra cede el paso a la presencia y el esfuerzo a la gracia. El «ayuno», finalmente, afina el hambre esencial, educa el cuerpo y el espíritu para desear solo lo necesario: a Dios mismo. Estas prácticas vividas juntas trazan un itinerario unitario de interiorización y de libertad, que conduce de la dispersión al recogimiento, del ruido al silencio fecundo, del ego al don. Así, la Cuaresma se convierte en un tiempo privilegiado para dejarnos transformar por el Espíritu, caminar hacia la Pascua con corazón indiviso y renovar nuestra consagración como testigos del Dios vivo, silencioso y cercano, en medio de la Iglesia y del mundo.



FR. VÍCTOR MANUEL HENAO LÓPEZ, OCD
SUPERIOR PROVINCIAL

⁵ F 23,8.